

MANUAL DE VAGOS

FERNANDO ZÓBEL, ABSTRACTOS BORDADOS DE MANILA

TEXTO E ILUSTRACIÓN: DIEGO GADIR

TENIENDO yo dieciséis años, mi amigo Félix Sáez me regaló por mi santo una obra gráfica de Fernando Zóbel. *Triana* se titula. Es la expresión de un espacio crepuscular despojado de todos los detalles accesorios, algo por lo que Zóbel había peleado toda su vida. Félix la tenía colgada en su pub sevillano, el *Zucchero*, junto a dos papeles de Tápies. Allí mismo, decidió colgar mis primeros cuadros surrealistas, los primeros que firmé como Gadir. Félix era un hombre culto en el arte español más actual de ese momento. Aún así, al entrar en una galería, patinó al referirse a una obra expuesta: «Esto en un *bonifacio*» -exclamó con firmeza. A la galerista se le electrizó aún más el peinado cardado y, perfilando las cejas, indignadísima, le espetó: «¿Pero qué está diciendo usted...! ¡Eso es un *mompó!* ¡Bonifacio es más agresivo!». Después, frente a un *zóbel* soberbio, Félix dio en la diana a la primera. Pero, a aquellas alturas, la galerista era va irreducible.

su gran amor pictórico. Dice Juan M. Bonet que Zóbel le confesó que «los chinos no le enseñaban cualquier cuadro a cualquiera». Zóbel amaba el arte oriental. Era uno de los pocos expertos no orientales en manipular una cerámica china. Una suerte de místico orden taoísta adobaba su carácter y su ámbito, si bien no renunciaba a abrir su intimidad de par en par y a hablar de su pintura. Bonifacio, al que mi amigo confundió con Mompó, pintor de limbos fosforescentes, confesó a Ruiz Quintano que no «puedo hablar de mi obra a un tío que no conozco de nada». Capaces o no de hablar de su propia pintura, el alumbramiento de la abstracción exige introspección y silencio. Y la obra parida exige un *affaire* con la mirada sin preguntas incómodas, sin justificaciones mundanas, sin agravios comparativos con la realidad. Ya lo dijo Muñoz Avia: «Se trata de ver». La vista fue un lema recurrente en los objetivos de Zóbel. Para muchos estudiosos, la abstracción

la culpa y el dolor. En cambio, Zóbel anduvo senderos más reflexivos. En la serie *Saetas* (dardos), telegrafía el gesto de la naturaleza, su movimiento. Ritmo y expresión, lejos de toda angustia existencial. Nada que ver con los negros lamentos que Motherwell nos filtra en las entrañas del globo ocular. Con el tiempo, la pintura de Zóbel devino blanca y silenciosa como la nieve, aunque siempre advertimos una pequeña flama activa. En su obra, reverbera una luz de candelera vegetal, o de arroyuelo madrugador, en los antípodas de la luz «cristiana, dolorosa, pero redentora» de la bomba atómica como la viera De Kooning. No hay miedo ni culpa en la pintura de Zóbel. De haberlo será a un mandala exorcizado. Sus cuadros son como la fotoimpresión de su aliento en una tela, de su paz translúcida y del humor de su retina de vitral noble. Su agresividad pictórica se reduce a gestos raudos de tinta negra intuidos en la naturaleza como vuelos de insectos imposibles. elipses de paierería o

nemorosos», para «los ríos sonoros» y para «el silvo de los ayres amorosos». Como al místico español, la «vista y hermosura» de la naturaleza le traspasan. Pero su verdadera amada es la pintura misma, que se le hace *fumata* blanca entre las brumas del Júcar. En sus cuadernos de apuntes y en sus lienzos, desmenuza su mirada y da palpito a una naturaleza de nuevo orden visual y emocional. Conocí a Fernando Zóbel en Sevilla, donde tuvo estudio frente a la Casa de Pilato. Fue con ocasión de su exposición en la antigua Sala Villasis, dirigida con talento por el desaparecido «San» Francisco Molina, quien, a pesar de haber sido criticado por mí en una entrevista que me hiciera Jaime Romo en Radio América, por la arbitrariedad con que se seleccionaba a los jóvenes artistas, quien a pesar de eso, repito, vino a ver una exposición mía abierto al diálogo. Rosa y yo, en el umbral de la mayoría de edad, fuimos a conocer a Zóbel. La poca edad no nos imidió abordar al autor de la

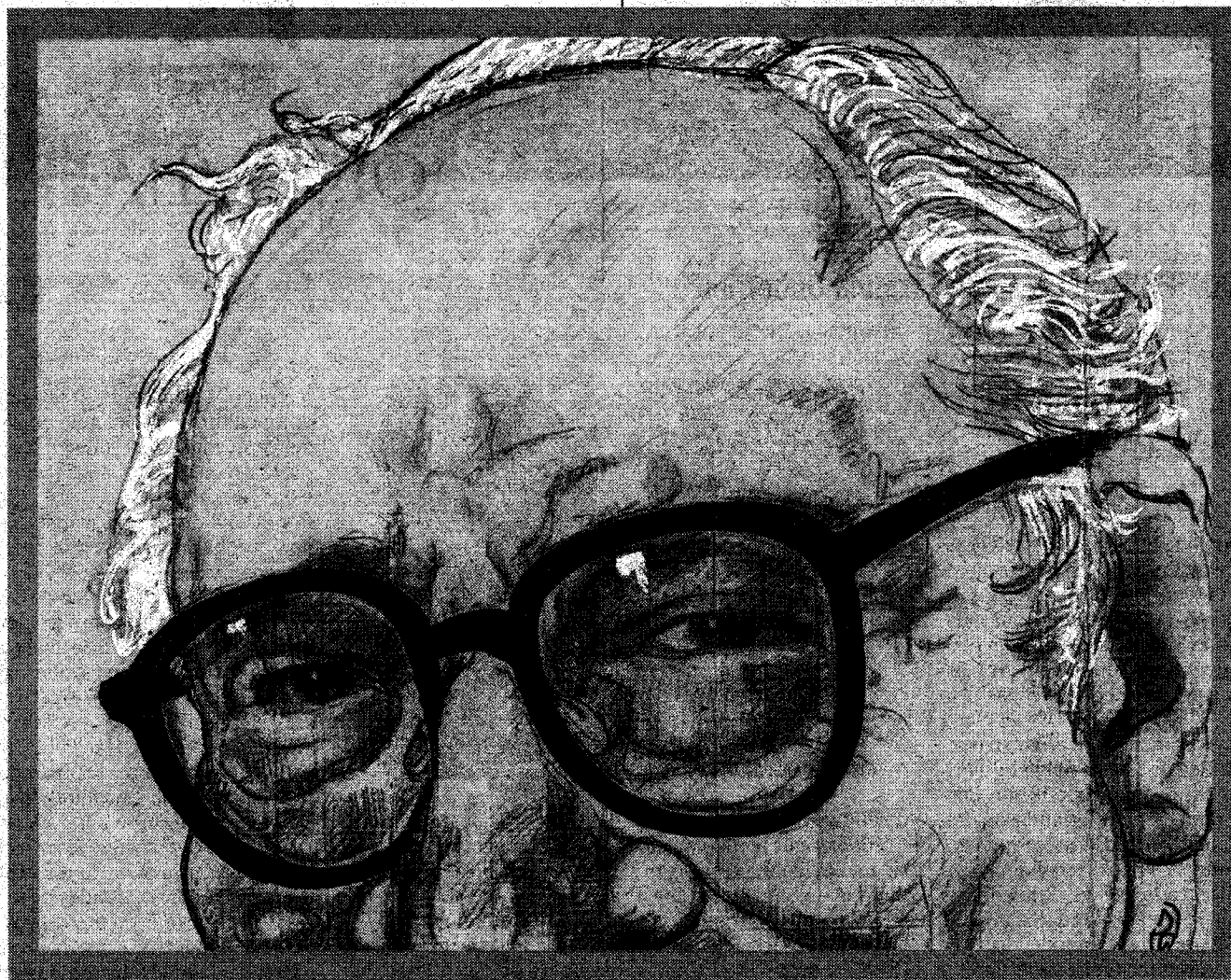
Si José Guerrero fue un pintor americano de España, Fernando Zóbel fue un pintor español de alma oriental. A cerca del primero, Moreno Galván se preguntaba: «¿Quién es ese Guerrero, pintor de Nueva York?» Zóbel nació en Manila en 1924 en el seno de una familia con posibles que costó su educación en Estados Unidos, donde su alma de vilano no enraizó. Tras graduarse *magna cum laude* en historia y literatura por Harvard, intuyó que, más allá de sus amigos pintores del *Boston style* y más allá de Rothko, en Norteamérica las cosas empezaban a ponerse demasiado pop. En una carta llegó a decir que no necesitaba a Warhol ni a Lichtenstein para sentir la vulgar sensación de mirar una pila de latas de sopa. Regresó a las Filipinas para atender la empresa familiar y se sintió morir de monotonía. Un día se anudó la libertad al cuello y se vino a España, a pintar para siempre. Su nido definitivo lo colgó en los precipicios de Cuenca. Y, aunque falleció en Roma en 1984, sus restos se disolvieron en la abstracción eterna de la muerte junto al río Júcar,

surgió del mismo abismo que impulsaba a los románticos al suicidio. Tras la guerra mundial, muchos pintores abrazaron la abstracción como catarsis. El mundo resultaba demasiado cruel para hacer una pintura superficial. El lienzo vino a convertirse en el recipiente donde vomitar

frigor humano, a los que dio títulos también imposibles como *Ornitóptero*. El resto es pura música callada, empatía con la sonoridad soterrada de la naturaleza. Como San Juan de la Cruz demuestra en el *Cántico*, Zóbel también tiene oídos para el murmullo de «dos valles solitarios

obra gráfica que Félix nos había regalado. Nos enamoró. Zóbel era grande en general y parsimonioso en la charla. Tenía el candor y el carisma de un papa bueno; la mirada esmerilada; la indumentaria alpestre. Me enloqueció su obra, en concreto dos *Diálogos*, abstracciones

bordadas, de las mejores del mundo: *Interior holandés* y *Homenaje a Degás*, que estaban acristaladas y tenían gruesos marcos negros. Yo le amo a él como él amaba a Rothko. Le amo por esa serenidad suya que siempre ha ansiado mi alma convulsa: su espíritu fue más afín al colibrí que Delgado-Gal reconocía en el alma de Mark Tobey, que al búfalo que habitaba dentro de Pollock. Falleció poco después, superando aquellos «orden y tranquilidad, rigor y sensibilidad» que tanto se exigieron Torner, Rueda y él mismo. Su mayor acierto fue la creación del Museo de Arte Abstracto Español *Casas colgadas* de Cuenca donde vivirá la eternidad a salvo de la merienda de negros contemporánea.



Fernando Zóbel por Diego Gadir.